



EL VALOR DE LO "SANTO"
COMO FUNDAMENTO DE LA ÉTICA DE
SCHELER
THE VALUE OF THE "HOLY"
IN SCHELER'S ETHICS

Lic. Gonzalo Huarte

Resumen

En su Ética, Max Scheler sostiene que los valores son entidades *sui generis* a los que se accede por un modo también propio de conocerlos. El presente trabajo busca mostrar cómo se va descubriendo el orden jerárquico que hay, según el autor, entre los distintos valores. Así encontraremos el valor de lo "santo" como aquel que fundamenta y da sentido a toda aquella jerarquía.

Palabras claves: Valores, "Lo santo", Jerarquía de valores, Ética, "Lo divino"

Abstract

In his ethics, Max Scheler supports the idea that values are entities *sui generis* to which could be reached by a particular way of knowing them. The present work wants to demonstrate how to discover the hierarchical order existent, according to the author, among these different values. In this, thus, we will find the value of the "Holy" as that which gives basis and sense to this hierarchy.

Key words: Values- "The Holy"-Hierarchy of values- Ethic- "The divine"



"Como la cima de la escala está constituida por los valores religiosos, todo acto nuestro de bien tiene siempre, en el fondo, una inspiración religiosa." (Sciacca, 1956)

Al final de la *Ética*, Scheler afirma que es en última instancia "la idea de Dios la que originariamente determina todos los prototipos y contrafiguras y los tipos de personas valiosas" (Scheler, 1948, Vol. I, pp. 410-411) y es por ello que "la continuación lógica de estas investigaciones reclama, por de pronto, una teoría de esencias acerca de Dios, junto con una investigación de las clases de actos en que llega a ser dada la esencia de Dios (teoría de la religión)" (Scheler, 1948, Vol. I, pp. 410-411), mostrando de esta forma la relación fundamental que hay entre ella y su obra *De lo eterno en el hombre*, en la que justamente desarrolla dicha teoría. A su vez, sostiene que aquella "idea de Dios" se construye sobre lo «divino», el valor situado en el vértice de la jerarquía de los valores (Wojtyla, 1982, p. 172). De este modo vemos cómo, para Scheler, el valor de lo «divino» (luego veremos en qué sentido coincide con lo «santo»), al mismo tiempo constituye a las personas valiosas en cuanto valiosas, y sirve de base para una correcta concepción de Dios. La primera parte de esta doble fundamentación, Scheler la desarrolla en la *Ética*, y la segunda en *De lo eterno en el hombre* (2007). En esta ocasión me voy a referir fundamentalmente a la

primera de ellas: la fundamentación de todos los valores en el valor de «lo santo».

Al comienzo de la *Ética*, Scheler caracteriza el contenido de la obra afirmando que "el espíritu que anima la ética que aquí se expone es el de un objetivismo y un absolutismo éticos rigurosos" (Scheler, 1948, Vol. I, p. 14)¹. También lo caracteriza con los conceptos de «intuitivismo emocional»² y

¹ Menciona esto porque él quiere luchar contra un relativismo y un subjetivismo moral, que justamente negaban un fundamento objetivo a la moral.

² Me parece necesario hacer una pequeña aclaración gnoseológica sobre el entendimiento y la intuición en la fenomenología. Para Edith Stein la caracterización que hace Tomás de Aquino de la tarea del intelecto como *intus legere*, bien puede ser aplicada a lo que el fenomenólogo entiende por intuición. En todo caso para el fenomenólogo tiene un carácter más pasivo, en el sentido de que algo se le manifiesta, y para el Aquinate, uno más activo, en cuanto a que el intelecto agente ilumina la realidad y abstrae de ella. Sin embargo, en uno y otro se da la contracara activa y pasiva respectivamente, pero lo esencial de la intuición está puesto en una de ellas (Cfr. Stein, 2012, pp. 132ss). Sin embargo, Wojtyla marca una diferencia importante al afirmar que "cuando decimos [en la fenomenología] que en la experiencia directa se manifiesta la esencia de la cosa, no hay que entender con ello la esencia en sentido metafísico. Un fenomenólogo no se interesa por lo que la cosa es en sí, sino por cómo se nos manifiesta en la experiencia directa. El fenomenólogo no tiene las ambiciones cognoscitivas de un aristotélico o de un tomista, no pone en primer plano la filosofía del ser; por otra parte, se distingue de un kantiano para quien la experiencia está separada claramente de la esencia nouménica de la cosa" (Wojtyla, 1998, p.



«apriorismo material» (Scheler, 1948, Vol. I, p. 14). Con el primer aspecto hace alusión al modo de conocimiento del fundamento de la ética y con el segundo aspecto se refiere a ese mismo fundamento, que son los valores. Vamos a desarrollar estos dos aspectos pero sin abordar, más que lo estrictamente necesario, la discusión que lleva a cabo con Kant acerca de los diversos puntos de la fundamentación de la ética³.

En primer lugar, distingue entre fin, bien y valor. Considera que los bienes son esencialmente cosas valiosas (Cfr. Scheler, 1948, Vol. I, p. 35). Pero la ética no se puede fundar en bienes, ya que, si hacemos depender la bondad o maldad moral

de una persona, de un acto volitivo, de una acción, etc., de su relación con un mundo real de bienes (o males), la estamos haciendo depender de la existencia particular y contingente de ese mundo de bienes, y a su vez, de su conocimiento empírico (Cfr. *Ibíd.*). De este modo, se estaría fundando un relativismo ético, como opina Kant y en esto Scheler está de acuerdo. Lo mismo sucede con toda ética que quiera fundarse sobre los fines. Ella reduce los valores "bueno" y "malo" a meros valores técnicos en función de ese fin. Para él, la moralidad de los fines nunca es independiente de los valores que se han de realizar ni del acto que les propone (Cfr. *Ibíd.*, p. 37). Con esto descarta, junto con Kant, toda ética fundada sobre bienes o fines. Pero Scheler se separa de Kant en su concepción de los valores. Mientras que en Kant habría una equiparación con los bienes, Scheler los distingue. Es por eso que, mientras el primero, al haber descartado toda posible materia de la ética, la funda sólo en la forma, y por eso es una ética formal; el segundo, al distinguir los valores de los bienes, permite a la ética conservar un objeto determinado, y así fundar la ética en los valores, siendo así una ética material.

Los valores

A lo largo de su obra "Scheler no da ninguna definición del valor. Precisa, más bien, qué no es –y no qué es– el valor" (Wojtyla, 1982, p. 12). No son meras propiedades de las cosas (Cfr. Scheler, 1948, Vol. I, p.

202). Según Llambías la intuición para Scheler "no es una observación empírica ni una investigación tal como la hace el científico, sino que en el acto viviente o intuitivo es dado lo vivenciado o intuitivo. [...] Su carácter fundamental es un trato vivencial, intensivo, directo con las cosas, tales como se dan inmediatamente en el vivir. [...] La fenomenología es una actitud prelógica, que busca algo más acá de la esfera de los conceptos y de los juicios" (Llambías de Azevedo, 1966, pp. 25ss). En esto último se ve la influencia del pensamiento de Kant, no porque Scheler lo acepte sino porque su contexto cultural tiene una gran influencia del autor de la *Crítica de la Razón pura*, de su giro copernicano y su acceso a lo real por el lado moral-volitivo. Ver también nota nº 8 de este trabajo.

³ Scheler suele desarrollar los distintos temas que trata en una permanente discusión y contraposición con otros autores. Por mencionar sólo a algunos: Tomás de Aquino, los tomistas sin especificar a quién se refiere, Kant, Schleiermacher, etc. Aunque en la *Ética* Kant es el principal interlocutor.

39), tampoco son una "relación" (Scheler, 1948, Vol. II, p. 10); en todo caso, si se los quiere enmarcar en alguna categoría, habría que llamarlos cualidades (Cfr. Ibíd., p. 11)⁴. Sostiene que existen auténticas y verdaderas cualidades de valor. Ellas representan un dominio propio de objetos, que a su vez tienen sus particulares relaciones y conexiones. Según esto los valores son un tipo de objetos distinto del de las cosas reales, son algo *sui generis*⁵, pero, a su vez, las cosas pueden ser depositarias de ellos⁶.

De este modo el hecho de que un hombre o una acción sean "distinguidos" o "vulgares", "valerosos" o "cobardes", "puros" o "culpables", "buenos" o "malos", no se reconoce ni se funda en ciertas notas constantes en ellas que podamos señalar (Scheler, 1948, Vol.

I, p. 41); por el contrario, dichos valores son cualidades que trascienden la mera constitución física de las cosas. No se pueden reducir a meras características, accidentes o meros términos conceptuales (Cfr. Ibíd., p. 40) que, de tenerlos una cosa, tendría también dicho valor. En ellas hay disposiciones para los valores (Cfr. Ibíd., p. 45), pero estos no se reducen a ellas. De esta forma las cosas pueden tener más o menos un valor, pero el valor mismo no se modifica con ellas. Los valores "son *independientes en su ser* de sus depositarios" (Ibíd., p. 45).

Las cualidades valiosas son "objetos ideales", como son los olores y las cualidades del sonido y se hacen reales únicamente en los bienes (Cfr. Ibíd., p. 49). En ellos, el valor, no solo es objetivo, sino que también es *real* (Cfr. Ibíd.). Scheler entiende por "bien" una cosa que no es simplemente depositaria de un valor, que se halla en ella de un modo fortuito; sino que es "una unidad «cósica» de cualidades valiosas, o de estados de valor, que se halla fundada en un determinado valor básico" (Ibíd.). De esta forma, el valor no es algo que se apoya en la cosa como desde afuera, o una especie de pintura que sólo lo modifica superficialmente, sino que el bien está impregnado esencialmente por el valor. Esta vinculación es tan profunda que todas las cualidades del bien son a su vez orientadas a partir de la unidad del valor, tanto si son cualidades valiosas, como si no lo

⁴ Sánchez Migallón en su artículo *Max Scheler*, afirma que no son cualidades naturales, como el tamaño, el color o el peso, aunque tampoco son cualidades ideales; sino que son cualidades "que nos hacen atractivos o repulsivos, en el sentido más general, los objetos que las ostentan" (Sánchez-Migallón, n.d., punto 3: "Axiología o teoría de los valores") y es por eso que provocan una respuesta afectiva.

⁵ Es decir que posee un género o especie propio y distinto de todo lo demás, es algo nuevo y original, no comparable con otras cosas.

⁶ Derisi en su libro *Max Scheler: Ética material de los valores* (1979, pp. 61ss), afirma que "los valores son esencias dadas *a priori* inmediata e intuitivamente en los sentimientos espirituales (y no en la inteligencia)" y más adelante afirma que "los valores no solamente valen, sino que *realmente son*; pero son sólo *esencias ideales*".



son, por ejemplo, los colores, las formas, etc., en el caso de los bienes materiales (Cfr. *Ibíd.*, p. 50). "La unidad de los bienes está fundada sobre un valor determinado que ocupa en el bien el puesto de la cosidad (pero no lo «representa»)" (*Ibíd.*, p. 51). Para mostrar esto Scheler pone el ejemplo de una pintura en la que, por el tiempo, palidieron sus colores. En este caso se pierde el bien, sin que sea destruida la cosa que representa el objeto real mismo. También menciona que hay casos en los que se puede partir una cosa y no por ello el bien resulta dividido, o bien es aniquilado, o bien ni siquiera es afectado (Cfr. *Ibíd.*, p. 49).

Por otro lado, así como, por no ser los valores propiedades o características sensibles de los objetos, exceden a la mera captación de los sentidos; al no poder reducirse a términos conceptuales, tampoco son captables por la mera razón⁷.

⁷ Para poder comprender adecuadamente esta afirmación hay que tener presentes las influencias filosóficas que recibe Scheler en relación a este tema, y que eran las que predominaban ampliamente en la Europa de principios del siglo XX. En primer lugar, el *Inmanentismo*, tanto por el lado del racionalismo como del empirismo. El primero dejando de lado la intuición sensible perdió el contacto inmediato con el ser real existente, tanto que lo único que permite sostener la adecuación de las ideas y la realidad es la veracidad de Dios. El segundo privando a la inteligencia de su acceso al ser trascendente, se quedó sólo con los datos puramente sensibles, quedando encerrado en un fenómeno subjetivo. Igualmente, el intento kantiano de salvar el carácter objetivo y universal de los

"Para esos objetos la razón es tan ciega como pueda serlo el oído para los colores" (Scheler, 1948, Vol. II, p. 26). De esto se desprende la dificultad para definirlos, ya que la razón por sí misma no puede abarcarlos. Es necesario otro tipo de acceso a los valores, y para ello es fundamental eliminar definitivamente el prejuicio de que el espíritu humano se agota en el dilema "razón"- "sensibilidad" o en alguna de ellas; sólo así se podrá construir una ética material *a priori* (Scheler, 1948, Vol. I, p. 102). De lo dicho se desprende que la lógica pura no puede ser el ámbito adecuado para el estudio tanto de la fenomenología

fenómenos, termina afirmando que el *noúmeno* queda fuera del alcance del entendimiento: Kant no niega su existencia, pero la deja inaccesible a la inteligencia. El inmanentismo, sostiene que el sujeto queda encerrado en su conciencia, no tiene un contacto directo con el ser real (Cfr. Derisi, 1975, pp. 111ss; también en Derisi, 1979, pp. 25ss). Es por eso que Scheler ve la necesidad de buscar ese contacto con el ser real por otro camino, que no sea el de la inteligencia, y encuentra la vía a través de las intuiciones emocionales. Es gracias a ella que puede "vincular realmente al objeto los actos humanos y extraer del primero el valor moral de los segundos" (Wojtyla, 1982, p. 7). En la misma línea Jaime Vélez Sáenz afirma que "los sentimientos intencionales, como el intuir valores, el sentir emotivo, tender, amar, odiar, pertenecen a la vertiente alógica del espíritu, que por su parte es irreducible tanto a lo psicofísico del hombre como a la intencionalidad racional del mismo espíritu. Los actos de percepción emotiva o sentimental son tan intencionales, es decir, tan dirigidos a un contenido, como la percepción no sentimental o la concepción lo son a sus respectivos objetos" (Vélez Sáenz, 1990, p. 18).



del valor como de la fenomenología de la vida (Cfr. *Ibid.*). De este modo se ve la necesidad de un modo de conocimiento distinto que nos permita alcanzar ese dominio de objetos, el de los valores. Este es el segundo de los aspectos de su ética que mencionamos más arriba: el intuitivismo emocional.

La percepción de los valores

Scheler sostiene que hay que superar una escisión histórica entre "razón" y "sensibilidad", que es totalmente ajena a la estructura del espíritu (Scheler, 1948, Vol. II, p. 24). Para ello toma de Pascal su noción del *ordre du coeur* y la famosa expresión *le coeur a ses raisons*⁸. Y lo interpreta afirmando que por estas razones (las razones del corazón) Pascal entiende "una legalidad eterna y absoluta del sentir, amar y odiar; tan absoluta como la de la lógica pura, pero irreducible a las leyes del intelecto" (*Ibid.*, p. 25). Scheler se preocupa por dejar bien claro que el orden y las leyes de dicha experiencia se han establecido con tanta evidencia y precisión como el de la lógica y la matemática. Es decir que, entre los valores y las posturas valorativas, por un lado, y los actos de preferencias estructurados sobre ellos, por otro, existen conexiones y oposiciones evidentes, a partir de las cuales se deben fundamentar las

decisiones morales y sus leyes (Cfr. *Ibid.*, p. 26).

Para explicar cómo se da la captación de los valores, Scheler distingue en primer lugar entre «el "sentir –percibir sentimental-intencional de algo", de toda clase de simples estados sentimentales» (*Ibid.*) o sentimientos. Con los estados sentimentales se refiere a algo indudablemente sensible, un dolor sensible, o un estado placentero sensible: lo agradable de un manjar, de un olor, de un suave roce, etc. (*Ibid.*). Con esto "no se ha determinado, de ningún modo, la especie y el modo del sentir de ese sentimiento" (*Ibid.*), es decir que solo se hace mención al hecho de la percepción sensible de algo, únicamente se refiere al contenido y fenómeno de ese sentimiento (*Ibid.*), es decir que solo se hace mención al hecho de la percepción sensible de algo, únicamente se refiere al contenido y fenómeno de ese sentimiento (*Ibid.*, p. 27). A él se dirige el percibir sentimental cuando justamente se determina la especie y el modo del sentir de ese sentimiento, cuando se expresa cómo lo siento: «"sufro el dolor", lo "aguanto", lo "consiento", y hasta lo "disfruto"» (*Ibid.*, p. 26). En estos casos no varía el estado sentimental -siento el mismo dolor-, sino la función de la aprehensión del contenido y fenómeno (*Ibid.*, p. 27) del estado sentimental.

Pero el sentimiento no está referido, de suyo, a algo objetivo (*Ibid.*). En el mismo sentimiento no se haya la vinculación a un objeto determinado (cuando siento un dolor, en el dolor mismo no se da la referencia a objeto alguno), sino que, por el hecho de haber surgido

⁸ Estas dos frases de Pascal indican que el corazón es capaz de alcanzar razones más profundas que la razón. Entiende por corazón el centro, el núcleo, de la persona, donde se aúnan los sentimientos, las emociones, los deseos, el conocimiento, la piedad, etc.



reiteradas veces acompañado por ciertas situaciones, objetos o vivencias exteriores, se lo asocia a ellos. Esta vinculación, cuando se da, es siempre de naturaleza mediata. El acto de referir, por el cual vinculamos un sentimiento a una situación o a un objeto, es siempre posterior al sentimiento, es decir, se da en un segundo momento (Ibíd., p. 27ss).

En cambio, en el sentir intencional⁹ siempre se da un referirse y dirigirse del sentir hacia algo objetivo, hacia los valores (Ibíd., p. 28)¹⁰. Se trata de "un movimiento que viene dirigido al yo, en el cual algo me está dado y llega a su "aparición" (Ibíd.). Pero esta percepción, o aparición de los valores, no se da mediata por la percepción externa, mediante los sentidos y la inteligencia, de un objeto exterior o su representación

en la mente. Sino que la percepción sentimental se dirige primariamente a esos valores, que son una clase propia de objetos. De hecho, según Scheler, «el *matiz valioso* de un objeto (ya sea recordado, esperado, representado o percibido) es lo más *primario* que nos llega de aquel objeto. [...] El valor de ese objeto es lo que abre la marcha: es el primer "mensajero" de su peculiar naturaleza» (Scheler, 1948, Vol. I, p. 46). Pero esto no quiere decir que «en la percepción natural de los valores nos es dada "primeramente" la cualidad pura del valor» (Ibíd., p. 48), sino sólo en la medida en que nos hace conocer el *bien* como un bien determinado, y en los matices peculiares que corresponden a la estructura del bien como un todo. De este modo cada bien ofrece diversos aspectos del valor.

Por encima de todas estas funciones de percepción de los valores, se estructuran las vivencias del "preferir" y "postergar". Es gracias a ellas que percibimos el orden de la jerarquía de valores, el hecho de que un valor sea más alto o más bajo (Scheler, 1948, Vol. II, p. 31). Distingue de ellas el elegir, que siempre está fundado sobre el preferir, y, por otro lado, siempre se refiere a *acciones*, mientras que el preferir se dirige a bienes, y por lo tanto a valores. De este modo, se intuye la jerarquía de los valores a partir de la preferencia del valor superior, o por el rechazo o postergación del valor inferior. "El ser superior de un valor es dado forzosa y esencialmente tan sólo en el

⁹ Scheler distingue tres clases del percibir sentimental: 1. El sentir de los sentimientos, en el sentido de estados y sus modos: sufrir, gozar. 2. La percepción sentimental de caracteres anímicos emocionales de objetos: la tranquilidad de un río, la serenidad del cielo, la tristeza de un paisaje. 3. La percepción sentimental de los valores, como agradable, bello, bueno; sólo que aquí cobra, junto con su naturaleza intencional, una función cognoscitiva también que no posee en los dos primeros (Cfr. Scheler, 1948, Vol. II, p. 28, nota 17).

¹⁰ El sentir intencional es un acto intencional, esta penetrado de intencionalidad, en cambio los estados sentimentales no lo son. "Un mismo estado (por ejemplo, un dolor) puede sentirse intencionalmente de modos muy distintos (sufriéndolo, sobrellevándolo, soportándolo e incluso amándolo)" (Sánchez Migallón, Sergio, n.d., punto 4.a.: "La percepción sentimental de valores").

preferir, como algo objetivo" (Derisi, 1979, p. 65). Con esto queda claro que la superioridad de un valor no significa únicamente que es el valor que ha sido preferido, sino que la relación esencial entre los valores es dada en el preferir (Cfr. Scheler, 1948, Vol. I, p. 131), y es por eso que podemos decir que esa superioridad es objetiva.

Por último, sobre este estrato de la vida emocional intencional, se forma el estrato superior: el amar y el odiar. Estos se distinguen claramente del preferir y el postergar en cuanto a que, en estos últimos hay siempre una pluralidad de valores sentidos, mientras que en el amor y el odio está dado un solo valor (Cfr. Ibíd., Vol. II, p. 32). "El amor es el movimiento en el que todo objeto concretamente individual que porta valores llega a los valores más altos posibles para él con arreglo a su determinación ideal; o en el que alcanza su esencia axiológica ideal, la que le es peculiar"¹¹. Es decir, en

primer lugar el amor descubre los valores de los que es capaz un determinado objeto (Cfr. Ibíd., p. 33), que hasta la mirada del amor permanecían ocultos (Cfr. Febrer Barahona, 2003, pp. 65 – 84, apartado III.1), y luego busca que realice esos valores más altos¹². De este modo, al descubrir nuevos valores, nuestro espíritu experimenta una ampliación de la esfera de valores (Scheler, 1948, Vol. II, p. 32), que luego serán accesibles a su percibir sentimental. Así como el amor es una ampliación, el odio implica una restricción de dicha esfera, por la cual, en vez de apuntar a la realización de los valores más altos, se quedan con los más bajos. Pero no quiere decir que se creen o se aniquilen valores, ya que los valores no se pueden crear o aniquilar, sino que el amor y odio descubren o ignoran valores ya existentes. De esta forma este acto, no va detrás del percibir sentimental del valor y del preferir, sino que va delante como guía o explorador. Así, nunca es el amor una reacción al percibir sentimental de un valor, sino todo lo contrario, el movimiento por el cual se lo descubre y se busca realizarlo. Es por ello que Scheler critica enfáticamente la afirmación de que el amor es ciego (Cfr. Febrer Barahona, 2003, apartado III. 1). Esto

¹¹ Max Scheler (1957), citado por Sánchez Migallón en su artículo *Max Scheler* (n.d., punto 4.c: "El amor"). Este autor toma la definición del amor que Scheler da en esta obra, ya que en la *Ética* no da ninguna. En la misma línea Ángel Damián Román Ortiz sostiene que "cuando el amor se dirige a un objeto concreto, en virtud de su propia esencia, logra manifestar no sólo los valores del mismo sino, en rigor, el «ser-más-alto» del valor. En este sentido, Scheler ofrece una definición del amor como movimiento intencional descubridor del ser-más-alto del valor de un objeto, como depositario de dicho valor: «El amor es el movimiento intencional en que, partiendo de un valor dado A, de un objeto, se produce la

aparición de su valor más alto»" (Román Ortiz, 2011, p. 31).

¹² La mirada del amor está enriqueciendo constantemente el mundo de la existencia, y ese progresivo enriquecimiento es tan inagotable como el dinamismo del amor. (Febrer Barahona, 2003, apartado III.1).



implicaría que no se funda en un conocimiento, cuando en realidad es el mismo amor el que conoce. Scheler da tanta importancia al acto de amor que llega a afirmar que toda la vida del espíritu se funda en dicho acto.

De esta forma se manifiesta *a priori*, en la preferencia y la postergación, una jerarquía de valores objetiva. "Los valores superiores son de-velables al espíritu en los sentimientos más nobles de la persona, sobre todo en el amor" (Derisi, 1979, p. 66). En algunos casos, la jerarquía se manifiesta de forma inmediata en estos sentimientos, pero en otros casos hay que realizar un camino de indagación para de-velarla (Ibid., p. 65).

Jerarquía de valores

En primer lugar, se colocan los valores de *lo agradable* y *lo desagradable*. A este primer nivel de la jerarquía de valores «le corresponde la función sentimental sensible (con sus modos: el goce y el sufrimiento), y, de otra parte, corresponden a esta serie de valores los estados afectivos de los "sentimientos sensoriales": el placer y el dolor sensible» (Scheler, 1948, Vol. I, p. 151). En este punto, Scheler aclara que, aunque el mismo proceso puede ser agradable para un hombre y desagradable para otro, sin embargo "la diferencia de los valores mismos de lo agradable y desagradable, es una diferencia *absoluta*, claramente perceptible antes del conocimiento de esas cosas

agradables o desagradables" (Ibid.). Es decir que la diferencia radica en la esencia misma del valor y no en el placer o displacer que genera. El segundo nivel en la jerarquía de valores corresponde a los valores del percibir afectivo vital. Son valores "que se manifiestan como correlativos a la vida" (Derisi, 1979, p. 66); es decir «aquellas cualidades comprendidas en la antítesis "noble-vulgar" (o también lo "bueno", en la peculiar significación de "excelente", y opuesto, no a "malo", sino a "ruin")» (Scheler, 1948, Vol. I, p. 153). En tercer lugar, aparecen los valores espirituales. Dentro de este nivel, se pueden distinguir tres tipos. En primer lugar, los valores estéticos: lo "bello" y lo "feo", en segundo lugar, los valores de lo "justo" e "injusto", y por último los valores del puro conocimiento de la verdad (Ibid. p. 154). En nota al pie de página, Scheler aclara que se refiere al valor del "conocimiento", no de la verdad misma. «"La verdad" no pertenece al universo de los valores» (Ibid., nota al pie de página nº34). Ella es captada por la inteligencia, y no por los sentimientos, que son el órgano espiritual de la aprehensión de los valores (Derisi, 1979, p. 66). Por último, en el nivel más alto de la jerarquía, aparecen los valores de lo *santo* o religioso y lo *profano* o sacrílego. "Son los valores espirituales más elevados, indivisibles y absolutos e independientes de los objetos en que se los coloca" (Ibid., p. 67); todos los otros valores son dados como símbolos suyos (Scheler, 1948, Vol. I, p. 155). A su vez están



ordenados hacia lo religioso, ya que, si para obrar bien, hay que querer el valor propio de un grado, de manera tal que se contribuya a realizar el del grado superior, "como la cima de la escala está constituida por los valores religiosos, todo acto nuestro de bien tiene siempre, en el fondo, una inspiración religiosa." (Sciacca, 1956, p. 156).

A ellos -los valores de lo santo y lo profano- corresponden los sentimientos de *felicidad* y *desesperación*. Suscitan como reacción la "fe", "incredulidad", "veneración", "adoración", etc. Ellos son captados *originariamente* en un acto de una determinada clase de amor, para el cual es esencial el estar dirigido a personas, es decir, "hacia algo que reviste forma de ser personal" (Scheler, 1948, Vol. I, p. 156). De este modo el valor por sí mismo en esta esfera de valores, la de "lo santo", es esencialmente un "valor de personas" (Ibid.)¹³. Es importante aclarar que, para Scheler, «todos los posibles valores se "fundan" en el valor de un espíritu personal e infinito y de un "universo de valores" que de aquel procede» (Ibid. p. 140). No sólo eso, sino que los actos que aprehenden valores son aprehensores de valores absolutamente objetivos, en la medida en que se realizan "dentro de" ese espíritu, y los valores, que ellos aprehenden sólo son valores absolutos, en tanto en cuanto aparecen en dicha esfera (Ibid.). De

este modo "el valor supremo está constituido por la Divinidad o Bondad infinita, es decir, por Dios" (Derisi, 1979, p. 67).

Hemos llegado así al punto culmen de la fundamentación de la ética y que a su vez es el valor sobre el cual "se forman, en una segunda instancia, las diversas concepciones históricas y representaciones de Dios, sea la monoteísta o la politeísta" (Wojtyla, 1982, pp. 172ss). Cómo se da esta formación, y cuáles son válidas para Scheler, es tema de su obra ya citada *De lo eterno en el hombre*, y excede las pretensiones de este artículo.

Conclusión

Basándose en toda esta argumentación, y lo que desarrolla, en *De lo eterno en el hombre*, Scheler sostiene que el hombre es un ser religioso por naturaleza (Scheler, 2007, p. 114). Incluso llega a decir que el hombre o cree en Dios o cree en los ídolos, dentro de los cuales se podría incluir la plata, la fama o el poder. Y, según lo ya visto, es sobre la idea de Dios que tenga (o de cuáles son nuestros ídolos), sobre la cual va a fundamentar su ética, su comportamiento moral. La idea de Dios que poseemos no influye solamente en nuestra forma de rezar o de vincularnos con Él, sino también, y basándose en dicha relación, en nuestra vida moral y social. No es lo mismo tener una concepción de Dios que tener otra. No es lo mismo vincularnos con Dios o con los ídolos. Es por eso que Scheler le da una gran importancia a

¹³ Así sólo la persona puede ser depositaria de los más altos valores.



continuar este estudio con el estudio de la teoría de la religión.

Bibliografía

- Derisi, Octavio Nicolás (1979). *Max Scheler: Ética material de los valores*, Editorial Magisterio Español, Madrid.
- Derisi, Octavio N. (1975). *Santo Tomás de Aquino y la filosofía actual*, EDUCA, Buenos Aires.
- Febrer Barahona, Alberto (2003). Valor y amor según Max Scheler, *Revista de Filosofía*, Maracaibo, Mayo, vol. 21.
- Llambías de Azevedo, Juan (1966). *Max Scheler: Exposición sistemática y evolutiva de su filosofía*, Nova, Buenos Aires.
- Román Ortiz, Ángel Damián (2011). *La huella de San Agustín en la Ética de los valores de Scheler*, Murcia. Disponible en: <http://www.tdx.cat/bitstream/handle/10803/81556/TADRO.pdf;jsessionid=CC092E28D912DD429968D2BDFB5C822E.tdx?sequence=2>.
- Sánchez-Migallón, Sergio (n.d.). Max Scheler, en Fernández Labastida, F. –Mercado, J. A. (editores), *Philosophica: Enciclopedia filosófica on line*, URL: <http://www.philosophica.info/archivo/2007/voces/scheler/Scheler.html>.
- Scheler, Max (2007). *De lo eterno en el hombre*, Encuentro, Madrid.
- Scheler, Max (1957). *Esencia y formas de la simpatía*, Losada, Buenos Aires.
- Scheler, Max (1948). *Ética. Nuevo ensayo de fundamentación de un personalismo ético*, Revista de Occidente, Buenos Aires, Vol. I y II.
- Sciacca, Michele Federico (1956). *La filosofía hoy*, Luis Miracle Editor, Barcelona.
- Stein, Edith (2012). *La pasión por la verdad*, Bonum, Buenos Aires.
- Vélez Sáenz, Jaime (1990). Max Scheler, *Ideas y Valores*, vol. 39, n°82.
- Wojtyla, Karol (1982). *Max Scheler y la ética Cristiana*, BAC, Madrid.
- Wojtyla, Karol (1998). *Mi visión del hombre*, Biblioteca Palabra, Madrid.